

mis amigos

ESTA OBRA SE BENEFICIÓ DEL P. A. P. GARCÍA LORCA,
PROGRAMA DE PUBLICACIÓN DEL SERVICIO DE COOPERACIÓN Y DE ACCIÓN CULTURAL
DE LA EMBAJADA DE FRANCIA EN ESPAÑA
Y DEL MINISTERIO FRANCÉS DE ASUNTOS EXTERIORES.



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores,
viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser
previamente solicitada

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA FRANCESA:

Mes amis

Primera edición: septiembre de 2003

Segunda impresión: octubre de 2012

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Ilustración de la cubierta: Dignimont (1927), realizada para la edición de lujo de *Mes amis*

© de la traducción: Manuel Arranz Lázaro, 2012

© Flammarion, París, 1998

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2012

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-8191-550-1 • DEPÓSITO LEGAL: V-2870-2012

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

MIS AMIGOS

Cuando me despierto, tengo la boca abierta. Tengo los dientes pastosos: cepillármelos por la noche sería lo mejor, pero nunca me encuentro con ánimos para hacerlo. Algunas lágrimas se han secado en el rabillo de los ojos. Los hombros ya no me duelen. Unos pelos lacios me cubren la frente. Con los dedos separados me los echo para atrás. Es inútil: como si fueran las páginas de un libro nuevo, se levantan y vuelven a caerme sobre los ojos.

Cuando bajo la cabeza siento que mi barba ha crecido: me pica en el cuello.

Me quedo boca arriba, con la nuca caliente, los ojos abiertos, las sábanas hasta la barbilla para que la cama no se enfríe.

El techo está lleno de manchas de humedad: está muy cerca del tejado. En algunos lugares corre el aire bajo el papel pintado. Mis muebles se parecen a los que venden en el rastro. El tubo de mi pequeña estufa está vendado con un trapo, como si fuera una rodilla. Encima de la ventana, una persiana inservible cuelga de uno de los lados.

Al estirarme, noto contra la planta de los pies –un poco como si fuera un funámbulo– los barrotes verticales de mi cama plegable.

La ropa, que pesa sobre mis pantorrillas, está extendida, caliente solamente por uno de los lados. Los cordones de mis zapatos hace tiempo que no tienen conteras.

Cuando llueve, la habitación es fría. Como si nadie hubiera dormido en ella. El agua, que corre a lo largo de las baldosas, disuelve la masilla y forma un charco en el suelo.

Cuando brilla el sol en el cielo, proyecta su dorada luz en el centro de la habitación. Entonces las moscas trazan miles de líneas rectas sobre el suelo.

Todas las mañanas, mi vecina tararea alguna canción mientras desplaza los muebles. Su voz me llega amortiguada por la pared. Tengo la impresión de encontrarme detrás de un fonógrafo.

A menudo, me cruzo con ella en la escalera. Trabaja en una lechería. A las nueve viene a hacer la limpieza. Gotas de leche manchan el fieltro de sus zapatillas.

Me gustan las mujeres en zapatillas: las piernas parecen indefensas.

En verano se le marcan los pezones y los tirantes de su combinación bajo la blusa.

Le he dicho que la amaba. Se rió, sin duda porque tengo mala pinta y soy pobre. Prefiere a los hombres que llevan uniforme. La he visto ir cogida del cinturón blanco de un guardia republicano.

Un viejo ocupa otra de las habitaciones. Está gravemente enfermo: tose. En la punta de su bastón hay un trozo de caucho. Sus omoplatos son como dos jorobas que llevara a la espalda. Una gruesa vena le atraviesa la sien, entre la piel y el hueso. Su chaqueta cae sobre sus caderas sin tocarlas siquiera: se mueve de un lado a otro como si los bolsillos estuvieran vacíos. Este pobre hombre sube los escalones uno a uno, sin soltar la barandilla. En cuanto le veo, inspiro la mayor cantidad de aire posible a fin de adelantarle sin retomar aliento.

Los domingos le visita su hija. Es una mujer elegante. El forro de su abrigo semeja el plumaje de un loro. Es tan bonito que me pregunto si no llevará el abrigo del revés. Y en cuanto al sombrero, debe de tener mucho valor, pues cuando llueve coge un taxi para evitar que se moje. Esta dama huele a perfume, a verdadero perfume, no a ese que venden en frascos de cristal.

Los inquilinos de mi casa la odian. Dicen que en vez de pegarse la gran vida haría mejor en sacar a su padre de la miseria.

La familia Lecoin vive también en el mismo piso.

En cuanto clarea el día suena su despertador.

Al marido no le gusto. Sin embargo, soy educado con él. No le gusto porque me levanto tarde.

Con la ropa de trabajo enrollada bajo el brazo, vuelve todas las tardes, sobre las siete, fumando un cigarrillo de tabaco inglés, con lo que quiere dar a entender que los obreros se ganan bien la vida.

Es alto y musculoso. Si se le pide por favor, uno puede aprovecharse de su fuerza. El año pasado, bajó el baúl de una dama del tercero, con bastante dificultad por cierto, pues la tapa no cerraba.

Cuando alguien le habla, le mira directamente a la cara, pues se imagina que quieren burlarse de él. A la menor sonrisa, ya te está diciendo:

–Por si no lo sabe... cuatro años en la guerra... yo. Los alemanes no pudieron conmigo... No va a ser usted el que pueda...

Un día, cuando pasaba por mi lado, murmuró: "¡Vago!". Em-palidecí y no supe responder. El miedo a tener un enemigo no me dejó dormir durante una semana. Me imaginaba que venía a buscarme para pegarme, que me deseaba la muerte.

Sin embargo, ¡si el señor Lecoin supiera cuánto amo a los trabajadores, cuánta lástima me da su vida! ¡Si supiera todas las privaciones que me cuesta mi pequeña independencia!

Tiene dos hijas a las que pega únicamente con la mano, por su bien. Detrás de las rodillas se les marcan los tendones. Una goma les sostiene el sombrero.

Me gustan los niños, así que cuando me encuentro con estas dos pequeñas siempre les digo algo. Entonces reculan, y, súbitamente, sin responderme, desaparecen.

Todos los martes, la señora Lecoin friega el rellano. El grifo permanece abierto todo el día. A medida que los cubos se llenan, el ruido cambia. La bata de la señora Lecoin está pasada de moda. Su moño es tan raquítico que se pueden ver todas las horquillas.

A menudo me mira, pero no me fíe, pues podría estar tendiéndome una trampa. Además, no tiene pechos.

En cuanto salgo de las sábanas, me siento al borde de la cama. Mis piernas cuelgan desde las rodillas. Los poros de mis muslos son negros. La uñas de los dedos de mis pies, largas y puntiagudas: un extranjero las encontraría feas.

Me levanto. La cabeza me da vueltas, pero este vértigo desaparece rápidamente. Cuando hace sol, una nube de polvo, que sale de la cama, brilla un minuto bajo los rayos, como si fuera lluvia.

Lo primero que hago es ponerme las zapatillas, pues si no las cerrillas se me pegarían a las plantas de los pies. Apoyándome en una silla, me pongo los pantalones.

Antes de calzarme, inspecciono las suelas de mis zapatos y me hago una idea de lo que pueden durar todavía.

A continuación pongo sobre el cubo la palangana graduada por el agua sucia de la vispera. Tengo la manía de lavarme encorvado, con las piernas separadas, los tirantes abrochados sólo en los botones de atrás. Cuando estaba en el ejército me lavaba así en la marmita pequeña de la sopa. Mi palangana es tan pequeña que cuando meto las dos manos a la vez se desborda. Mi jabón ya no hace espuma: es una lámina delgada.

La misma toalla me sirve para la cara y para las manos. Si me hiciera rico, seguiría haciendo lo mismo.

Una vez lavado, me siento mejor. Respiro por la nariz. Mis dientes están distintos. Mis manos permanecen blancas, hasta mediodía.

Me pongo el sombrero. Los bordes se han combado por la lluvia. La cinta lleva un nudo a la moda: detrás.

Cuelgo mi espejo de la ventana. Me gusta verme de frente, a la luz. Me encuentro más favorecido. Mis pómulos, mi nariz, mi barbilla aparecen iluminados. Una sombra se cierne sobre el resto. Parece una fotografía hecha al sol.

No debo alejarme del espejo, pues es de mala calidad. A distancia, deforma mi rostro.

Observo cuidadosamente mi nariz, el rabillo de mis ojos, mis molares. Tengo caries en ellos. No se caen: se rompen. Con ayuda

de otro espejo me miro de perfil. Entonces tengo la impresión de que me desdoble. Los actores de cine deben experimentar este placer a menudo.

Después abro la ventana. La puerta se balancea. Un letrero 1914-1918 está puesto a secar contra el muro. Oigo alfombras que sacuden. Veo tejados de zinc azules, chimeneas, una niebla que tiembla cuando la atraviesa un rayo de sol, y la torre Eiffel con su ascensor en medio.

Antes de salir, echo una ojeada a mi habitación. Mi cama ya está fría. Algunas plumas se salen a medias del edredón. Hay agujeros para los barrotos, en las patas de mi silla. Los dos segmentos del tablero de una mesa redonda penden.

Este mobiliario me pertenece. Un amigo me lo regaló antes de morir. Lo he desinfectado yo mismo, con azufre, pues me asustan las enfermedades contagiosas. A pesar de estas precauciones, durante mucho tiempo he vivido con miedo. Quiero vivir.

Me pongo el abrigo, con dificultad, pues el dobladillo de las mangas está descosido.

Meto mi cartilla militar, la llave, un pañuelo sucio que cruje cuando lo despliego, en el bolsillo izquierdo. Tengo un hombro más alto que otro: el peso de estos objetos se encargará de rebajarlo.

La puerta no se abre del todo. Para salir me abrocho y paso de lado.

Las baldosas del rellano están agrietadas. Una plancha de hierro, con tres agujeros, cuelga del tragaluz. La barandilla termina en la pared, sin bola de cristal.

Bajo las escaleras pegado a la pared, por donde los escalones son más anchos. Para no ensuciarme las manos, no me apoyo en la barandilla. De las cerraduras cuelgan manojos de llaves.

Me siento ligero, como nos sentimos el primer día que salimos sin abrigo. El agua de la palangana me humedece todavía las pestañas y el interior de mis orejas. Me dan pena los que duermen todavía.

Vejo siempre a la portera. Ha puesto las esteras sobre la barandilla para barrer el rellano, o bien, con un cepillo amarillo, frota un pasillo. Le doy los buenos días. Apenas me responde, mientras mira mis zapatos.

Le gustaría ser la única persona en la casa, después de las ocho.

Vivo en Montrouge.

Los edificios nuevos de mi calle huelen todavía a piedra recién serrada.

Mi casa, en cambio, no es nueva. El yeso de la fachada se cae a pedazos. Barras de fijación atraviesan las ventanas. El tejado sirve de techo al último piso. Un gancho sujeta cada postigo a la pared, cuando no hace viento. El arquitecto no ha grabado su nombre debajo del número.

Por la mañana, la calle está en calma. Una portera barre, solamente el frente de su puerta.

Al pasar por su lado respiro por la nariz, para no tragarme el polvo.

Por las ventanas entreabiertas, espío las plantas bajas. Veo verdes macetas que acaban de ser regadas, casquetes de obús brillantes y láminas de parqué estrechas, enceradas, haciendo zigzag.

Cuando mi mirada tropieza con la de algún inquilino, me siento incómodo.

A veces, hay ropa interior que se mueve detrás de una cortina, a la altura de un hombre: alguien se está lavando.

Me tomo el café, muy cerca de mi casa, en un pequeño bar. El zinc del mostrador está curvado, en el borde. Puede adivinarse la edad de la madera del suelo, fregado con agua solamente. Un fo-

nógrafo, que funcionaba antes de la guerra, está vuelto contra la pared. Uno se pregunta qué es lo que hace allí, puesto que ya no funciona.

El dueño es amable. Es bajo, como los soldados de la cola. Tiene un ojo de cristal que imita tan bien al ojo verdadero, que nunca sé cuál es el bueno –lo que me resulta embarazoso–. Tengo la impresión de que se ofende cuando le miro el ojo falso.

Él asegura que es una herida de guerra: sin embargo he oído decir que ya era tuerto en 1914.

El buen hombre está quejándose continuamente. El negocio no marcha bien. Por más que seque los vasos delante de los clientes, por más que diga: “Gracias, señor; hasta luego, señor; no se preocupe por la puerta”, no viene nadie.

Le gustaría que se olvidase la guerra. Echa de menos el año 1910.

En aquella época, al parecer, las personas eran honestas, sociales. El ejército desfilaba con garbo. Se podía prestar a crédito. Uno se interesaba por los problemas sociales.

Cuando habla de todo aquello, sus dos ojos –el verdadero y el falso– se humedecen y sus pestañas se juntan en pequeñas mechas.

Los tiempos de antes de la guerra han desaparecido tan rápido que no puede creer que no sean más que un recuerdo.

Nosotros también nos preocupamos por los problemas sociales. Él lo hace. Ésa es la prueba para él de que la guerra no le ha cambiado.

Todos los días me asegura que en Alemania, país mejor organizado que el nuestro, no existen los mendigos. Los ministros franceses deberían prohibir la mendicidad.

–¡Pero si ya está prohibida!

–¿Y qué pasa con todos esos mendigos que venden cordones? Son más ricos que usted y que yo.

Como no me gusta discutir, me abstengo de contestar. Me bebo el café, que una gota de leche ha vuelto marrón, de un trago, pago y me voy.

–¡Hasta mañana! –me grita mientras pone mi taza todavía caliente bajo un hilo de agua que sólo se puede cortar desde el sótano.

Algo más lejos se encuentra una tienda de ultramarinos.

El dueño me conoce. Está tan gordo que su delantal es más corto por delante que por detrás. Se le puede ver el cuero cabelludo bajo su pelo al cepillo. Su bigote “a la americana” le taponan los orificios de la nariz y debe de impedirle respirar por ella.

Delante de su tienda hay un escaparate estrecho –es más prudente así– formado por sacos de lentejas, de ciruelas y tarros de caramelos. Para servir tiene que salir fuera, pero pesa en el interior.

Hace tiempo, cuando se quedaba apoyado en la puerta, solíamos hablar. Me preguntaba si había encontrado algo, o bien me aseguraba que tenía una pinta excelente. Después volvía a entrar en la tienda haciéndome un gesto con la mano que significaba: “Hasta otro rato”.

Un día me pidió que le ayudara a transportar una caja. Me hubiera gustado aceptar, pero siempre he temido las hernias.

Me excusé balbuceando:

–No soy muy fuerte, en realidad soy un herido grave.

Después de aquel incidente, no me ha vuelto a dirigir la palabra.

Hay también una carnicería en mi calle.

Trozos de carne cuelgan por un tendón de ganchos plateados. El banco está desgastado en el medio, como si fuera un escalón. Filetes de buey atados sangran sobre un papel amarillo. El serrín se pega a los pies de los clientes. Las pesas bruñidas están alineadas por orden de tamaño. Hay una reja, como si se temiera que la carne pudiera escaparse.

Por la tarde, a través de esa reja pintada de rojo, veo verdes plantas sobre el mármol desnudo del escaparate.

El dueño de esta carnicería no se acuerda de mí: no he comprado más que cuatro perras de desperdicios para un gato sarnoso, el año pasado.

La panadería está muy cuidada. Todas las mañanas, una muchacha friega el escaparate. Chorros de agua corren por la pendiente de la acera.

A través del escaparate, se ve toda la tienda con sus espejos, sus artesonados Luis XV y sus pasteles sobre platos de hojalata.

A pesar de que esta panadería sólo sea frecuentada por gente bien, yo formo parte de su clientela; el pan cuesta lo mismo en todas partes.

De vez en cuando, me paro delante de un quiosco donde los chicos del barrio compran cebos.

Fuera, sobre una mesa, hay periódicos plegados en los que sólo se puede leer la mitad de los titulares.

Sólo el *Excelsior* está extendido como un mantel.

Miro las imágenes. Las fotografías demasiado grandes representan siempre lo mismo: un ring, un revólver con sus cartuchos.

En cuanto la quiosquera me ve llegar, sale de su quiosco. Un olor a juguetes pintados y algodón fresco la envuelve.

Es una mujer flaca y vieja. Los cristales de sus gafas parecen lupas. Una redecilla de niñera cubre su moño seco. Los labios se le han introducido dentro de la boca y ahí se han quedado. Un delantal negro le moldea un vientre que no se encuentra donde corresponde. Para cambiar cinco francos, desaparece en la trastienda.

Le pregunto cómo se encuentra.

Sería de mala educación no responderme; así que meneaba la cabeza. La puerta que ha dejado abierta me da a entender que espera que me marche.

Un día, cogí un periódico para leer la letra pequeña.

Con un tono desagradable me dijo:

—Cuesta tres céntimos.

Me dieron ganas de contestarle que había hecho la guerra, que había recibido una herida grave, que tenía una condecoración militar, que cobraba una pensión, pero enseguida comprendí que hubiera sido inútil.

Cuando me iba, oí cómo cerraba la puerta con un ruido de guardabarros.

Me veo obligado a pasar por delante de la lechería en la que trabaja mi vecina. Me fastidia hacerlo, pues sin duda ha contado a todo el mundo mi declaración de amor. Deben de burlarse de mí.

Así que paso deprisa, distinguiendo, de una ojeada, pellas de mantequilla estriadas con un hilo, paisajes sobre tapas de camembert y una red sobre los huevos, por los ladrones.